

Para mí es un honor tomar este relevo. Han pasado más de 30 años desde que hice mi primer curso en la Escuela de Periodismo de esta querida universidad.

Vayan las primeras palabras para agradecer a quienes hoy nos acompañan y hacer un agradecimiento formal a todos los profesores, administrativos y alumnos que han construido esta Facultad. Me siento parte de ese equipo al que admiro.

Este desarrollo se explica en gran parte por el empuje y la claridad estratégica de Silvia Pellegrini. Este edificio, en el corazón de Santiago, en el centro de la Universidad, resume la importancia que tuvo su trabajo en favor de todos nosotros.

Y el carisma de Eliana Rozas, que fue clave para la preparación y aprobación de la carrera de dirección audiovisual. También fue decisiva la capacidad de persuasión de Francisca Alessandri para crear un magister profesional enmarcado en una alianza con una institución nacional como El Mercurio. Las tres dejan muy alta la vara y se merecen un aplauso.

Estos últimos meses han sido emocionantes para mí. Por un lado tener a mi hija menor entre los novatos de periodismo. Esta misma elección por parte de mis pares o la generosidad de los periodistas del entorno de las redes sociales, que la

semana pasada me premiaron en el Congreso Iberoamericano de Burgos, España.

Hay otras noticias que me tienen muy motivado. Por ejemplo el que hace unos días obtuviéramos el primer Óscar para un producto audiovisual chileno. Uno tan bien hecho, tan bien producido, comunicado. Y que el último Nobel de literatura lo haya recibido una colega o que el Oscar a la mejor película sea sobre un caso paradigmático de lo que debe ser el trabajo periodístico.

Sin duda este barco parece estar bien encaminado. Tanto que podríamos pensar que lo que me tocará serán años fáciles, y que bastará con mantener el pulso y el timón firme. Sin embargo la realidad del mar en el que tenemos que navegar no nos permite pensar así.

Si miramos el mundo al que sirve esta Facultad, las industrias culturales, nos daremos cuenta de que se trata de un sector especialmente convulsionado que recibió antes que el resto de la sociedad el impacto de lo que muchos hemos llamado tsunami digital.

Aunque ese mismo tsunami le ha dado más relevancia social a las profesiones del entorno de las comunicaciones, debemos asumir también que los sectores industriales que nos emplean nunca habían vivido un momento más complicado.

Soy de los que creo que por muchos años nos penará el haber entregado gratis nuestros contenidos en internet. Ya es norma que los productos comunicacionales, cuya producción es muy costosa, se transmiten y duplican sin pagar. La gratuidad en el soporte digital representa una amenaza para el futuro de la calidad en las empresas de comunicación.

El éxito de nuestro trabajo estará condicionado por la comprensión que tengamos del cambio, eso nos permitirá seguir enseñando las competencias que se necesitarán para realizar bien las comunicaciones que vienen.

Les aseguro que aquí en Comunicaciones existe un grupo humano especialmente preparado para adaptarse a lo que viene. Asumo como un decano que entiende que debe usar sus energías, que considero inagotables, para animar, conciliar, contener y promover a cada uno de los integrantes de esta Facultad.

En este día ante todos ustedes no voy a ser autocomplaciente. Sinceramente creo que como Facultad todavía estamos al debe respecto a esta Universidad como a Chile.

Esta institución cuenta con más de 55 años de influencia en el país. Si dejamos de lado el cariño y observamos lo que nos rodea, salta a la vista que tenemos que asumir nuestra

parte de responsabilidad en esta crisis de confianza que experimentan las principales instituciones chilenas.

El sociólogo Robert Putnam puso en valor la importancia del capital social para el desigual desarrollo de los pueblos. Después, muchos han mostrado que nuestra conectividad con los otros nos hace más resilientes.

No debemos olvidar que esta democracia, que no hace tanto pudimos recuperar, requiere de confianza, y la falta de esta es el germen del autoritarismo. Nuestro profesionalismo en el trabajo de las comunicaciones condicionará los pasos sostenibles para recuperar esa confianza porque al final, el rol de las profesiones que se forman en esta casa, pasa por civilizar.

La Facultad tiene que asumir ese desafío nacional. Los invito a integrarse a este esfuerzo. Tenemos espacio para hacer cosas con cada uno de ustedes, aquí no sobra nadie.

Comienzo el período consciente de que esta Facultad de Comunicaciones, a pesar de todas sus acreditaciones, no está siquiera entre las mejores 100 facultades del mundo de su área, posición que tienen diez carreras de otras Facultades de la UC, cinco de ellas entre las mejores 50 del mundo.

Parte de nuestra debilidad tiene que ver con una cultura que no se caracteriza por el sacrificio. A nuestros alumnos

se les ve poco en la biblioteca. En relación con otros alumnos de la UC, los nuestros son muy convincentes para defender sus derechos, pero hablan poco de los deberes asociados. Espero ser capaz de implementar los ajustes que ya hemos analizado para estimularlos con unos más exigentes primeros años de formación.

Debemos conseguir, por ejemplo, que el alumno que termine el bachillerato de comunicaciones entienda herramientas claves como los algoritmos. Instrucciones que hoy no solo condicionan las conversaciones sociales que surgen en las redes, sino que también ordenan los contenidos audiovisuales que otros nos recomiendan, definen la experiencia publicitaria de la población e incluso compiten con el trabajo de los editores en la valoración de las noticias.

Hay un exalumno con el que escribí un libro que su trabajo de emprendedor lo tiene hoy viviendo en San Francisco, con el que converso hace años sobre esas arañas o *bots*, que siendo simples instrucciones técnicas están condicionadas por los valores de quienes las escribieron.

Hace unos meses en la facultad discutimos sobre la necesidad de introducir el lenguaje del código en las competencias de nuestros primeros años. El mismo exalumno me alertó sobre la importancia del foco que debía tener ese empeño: me dijo que la industria tenía suficientes

programadores y diseñadores, que lo que realmente era escaso eran comunicadores que entendieran bien el entorno digital móvil y qué es lo que se puede hacer con los lenguajes de programación.

Pienso que esto se resume en Steve Jobs, criticado por no programar tan bien como sus compañeros. Un profesional cuya comprensión del diseño resultaba de apenas un buen curso de tipografía, pero que se hizo indispensable por convertirse en un maestro tanto para entender las necesidades que tendríamos como en saber contar el relato asociado a esa nueva tecnología. Parte relevante de su éxito es consecuencia de que supo ser un excelente comunicador.

El mundo que viene será incomprensible para los que no entiendan de números, y eso parece que no ha sido asumido como parte de la formación necesaria para los estudiantes de las disciplinas de las comunicaciones.

En el caso del periodismo, la muralla que separa a los periodistas de la empresa ya se movió, y los reporteros que quieran tener libertad para realizar el reportaje de sus sueños deberán entender el modelo de negocio de la empresa, los perfiles de audiencias, tendrán que interactuar con ingenieros y diseñadores en el desarrollo de nuevas secciones y proyectos. En el mundo de la publicidad la creatividad se debe realizar a partir de *insights* que aprovechen la riqueza de la información que entregan los

*bigdata* sobre los consumidores.

Debemos conseguir que todos los alumnos de comunicaciones se manejen tan bien con el *word* como con el *Excel*.

En las semanas de campaña para el decanato, en la conversación con mis colegas, se hacía evidente la importancia de la relevancia que tiene que adquirir dentro de este edificio la innovación y la creatividad. Recibo, recién inaugurado el *Social Communication Lab*, que llamamos el SCL. Un espacio del Centro de Innovación UC Anacleto Angelini, que gracias a un capital semilla de la Universidad nos permite reunirnos con Ingeniería y Diseño para trabajar juntos en uno de los espacios arquitectónicos más motivadores de la universidad. Desde ahí aprenderemos a extraer información de las redes, trabajaremos con alumnos, empresas e instituciones para promover mejores experiencias y soluciones productivas aprovechando las aplicaciones móviles.

No conseguiremos la creatividad que ese laboratorio necesita, ni la que el resto de la Universidad y la sociedad espera de nosotros, si la Facultad no asume como un sello característico la promoción de la libertad de expresión. Espero convertir a esta facultad en un polo de debate y de investigación sobre estas libertades para convencer a nuestra sociedad de la importancia que ella tiene para el

futuro de nuestra convivencia. Es un gran tema, con antecedentes en las tradiciones europeas como en la primera enmienda norteamericana, que en este mundo contemporáneo ya no tiene un apoyo generalizado, en especial en las crecientes tendencias populistas tanto de izquierda como de derecha. Son muchos los que relativizan la vigencia de la libertad de expresión al ver que estas mismas redes entregan esa libertad a personas con culturas o lenguajes marginales. El mismo Umberto Eco llegó a cuestionar el derecho de muchos a ejercerla en este mundo sin editores que nos rodea.

Esa libertad de expresión va desde la ausencia de todo control externo hasta el Estado que garantiza el acceso a la información de los ciudadanos a través de leyes de transparencia. Es una discusión clave para un país que comienza a revisar su constitución con una opinión pública que olvidó los costos que tiene imponer verdades desde el Estado.

Agradezco que esta ceremonia cuente con la presencia del Rector Ignacio Sánchez y aprovecho también de comprometer el trabajo de esta facultad en favor de sus esfuerzos enmarcados en su plan de desarrollo.

Me comprometo en especial con el trabajo en favor de promover la inclusión que en nuestro caso será un valor para esta anhelada creatividad.



Convengamos que con este Papa, que se comunica como un maestro, no nos queda alternativa que fomentar la inclusión. Para qué decir para un decanato que nace en el año santo de la misericordia.

En su primer documento La Alegría del Evangelio, Francisco nos dijo: "Procuraré concentrarme en dos grandes cuestiones que me parecen fundamentales en este momento de la historia. Las desarrollaré con bastante amplitud porque considero que determinarán el futuro de la humanidad. Se trata, en primer lugar, de la inclusión social de los pobres y, luego, de la paz y el diálogo social."

Yo personalmente me sentí aludido cuando dijo: "a los defensores de 'la ortodoxia' se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y a los regímenes políticos que las mantienen».

Espero consolidar esta facultad como un espacio donde todo se pueda plantear, donde se ejerza la libertad de expresión con respeto al otro. Un amigo de esta casa, que nos dejó, Gonzalo Undurraga, recordaba un letrero que leyó en la barra de un restaurante en España que decía: "se aceptan controversias".

Lo tomo como anécdota, pero sin llegar a colgarlo en mi oficina me gustaría decirles que en estos años todas las

controversias serán bienvenidas en esta Facultad. Termino encomendando mi trabajo a San Agustín, recordando una frase suya: “En lo esencial, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo, caridad”.

Muchas gracias.